

# Cosmovisión, cuerpo y medicina. Notas para una salud integrativa en tiempos de COVID-19

Worldview, body and medicine.  
Notes for an integrative health in COVID-19 times

Victoria Lermanda<sup>1</sup>  
Paula Bedregal<sup>2</sup>

## RESUMEN

---

La crisis global que ha producido la pandemia del coronavirus ha puesto de manifiesto las grandes desigualdades que afectan a la sociedad planetaria. Cobra relevancia, entonces, reflexionar sobre los elementos en los que se basa la construcción de este macrosistema. El concepto de cosmovisión se vuelve clave en la comprensión de este fenómeno; al mismo tiempo, el entendimiento de la noción de cuerpo que se deriva de ella permite atisbar el rol que tiene este constructo en el abordaje de los procesos de salud y enfermedad, pero también de la interrelación de la persona con el medio.

*Palabras clave: Cosmovisión, Salud Pública, Medicina Integrativa, Pandemia.*

## ABSTRACT

---

The global crisis that has produced the coronavirus pandemic has revealed the great inequalities that affect planetary society. It becomes relevant to reflect on the elements on which the construction of this macro-system is based. The concept of worldview becomes key in understanding this phenomenon. At the same time, the understanding of the notion of body that is derived from it allows us to glimpse the role that this construct has in the approach to health and disease processes, but also to the interrelation of the person with the environment.

*Key words: Worldview, Public Health, Integrative Medicine, Pandemic.*

Durante las últimas décadas del siglo XX, el modelo político-económico imperante ha llevado a la humanidad a exceder la capacidad de la Tierra. En dicho sentido, el actual escenario generado a partir de la pandemia Covid-19 ha puesto de manifiesto una crisis de carácter sistémico y global que pone en cuestionamiento el modo en que, como sociedad planetaria, hemos establecido nuestra vinculación con el medio y sus diversas formas de existencia. Se trata, pues, de una crisis no sólo de percepción, sino ontológica; de nuestra forma de *ser* en el mundo.

La presencia de enfermedades infecciosas, algunas zoonóticas, ha sido recurrente, en la medida que la relación entre el ser humano y su ambiente ha dado lugar en todas partes del planeta a intrusiones masivas en los ecosistemas, de manera que estos terminan siendo fracturados, al igual que las complejas redes de vida que sostienen (Capra, 2020; Medina-Vogel, 2010; United Nations Environment Program, 2020).

Los procesos de salud y enfermedad han acompañado a la especie humana desde los albores de su

---

Recibido el 10 de diciembre de 2020. Aceptado el 4 de marzo de 2021.

1 Antropóloga. Departamento de Salud Pública, Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile.

2 Médico. Profesora Titular. Departamento de Salud Pública, Escuela de Medicina. Pontificia Universidad Católica de Chile. MPH, PhD. Correspondencia a pbedrega@gmail.com

existencia, de modo que, desde épocas muy tempranas, los distintos grupos humanos se vieron en la necesidad de desarrollar mecanismos que les permitiesen abordar estos fenómenos a través de diferentes acciones curativas. Es así como la enfermedad, la muerte y la atención han de ser pensados como hechos biosociales respecto de los cuales “los conjuntos sociales necesitan construir acciones, técnicas e ideologías” (Menéndez, 1994).

Tal como planteara Baer (1996), tanto la salud como la enfermedad son producto de la manera en que la sociedad es organizada, así como la forma en que es producida la subsistencia –y el excedente–, y cómo éstos son distribuidos entre los miembros de la colectividad. No obstante, los procesos socio-históricos acontecidos en el mundo muestran que, desde el siglo XVII, buena parte de las formas de vida de la llamada sociedad occidental hegemónica hoy sean moduladas a partir de la configuración de tres grandes sistemas como son el capitalismo, el patriarcado y el colonialismo. Sin embargo, a pesar de la omnipresencia que denotan estos sistemas en la vida de las personas y las sociedades, su articulación ha permanecido de manera oculta en las subjetividades; presentado como una suerte de sentido común infundido y perpetuado en los sujetos a través de la educación y el adoctrinamiento permanentes (de Sousa Santos, 2020).

En relación a lo anterior, un concepto que toma especial relevancia de comprender e integrar es el de *cosmovisión*, el cual fuera definido por López Austin (1996) como

*Un hecho histórico de producción de pensamiento social inmerso en decursos de larga duración; hecho complejo integrado como un conjunto estructurado y relativamente congruente por los diversos sistemas ideológicos con los que una entidad social, en un tiempo histórico dado, pretende aprehender el universo (p. 472)*

Es así que se entiende por cosmovisión al suceso de producción de actos mentales –entre los que se cuentan pensamientos y creencias– que otorga un marco y condiciona la percepción de la realidad; de la cual se destaca su operatividad en cuanto a una compleja red colectiva en la que se articulan distintos sistemas de pensamiento o prácticas en un tiempo y espacio determinados; y que, si bien contiene un núcleo que se mantiene inmutable en el tiempo y se constituye como la esencia de la misma, es susceptible de ser modificado a partir de su incesante proceso de producción.

Este carácter dinámico es dado a partir del juego entre las individualidades y las colectividades. Ninguna persona tiene una cosmovisión igual a la de otra. Al mismo tiempo, la cosmovisión se erige como un producto cultural colectivo (López Austin, 1980). Las relaciones que de manera cotidiana sostienen las personas entre sí son las responsables de la creación inconsciente de ciertas pautas de conducta, las cuales al ser repetidas frecuentemente terminan constituyendo los sistemas, cada uno poseedor de determinadas representaciones e ideas sobre un ámbito particular del universo. La articulación de los distintos sistemas ideológicos en un conjunto toma lugar en la cosmovisión, la que queda constituida como un “sistema de sistemas” que los abarca y estructura de manera congruente (López Austin, 1995, 1996).

En ello radica la complejidad del concepto. La constitución de este macrosistema regula y guía la acción de quienes la conforman. Sin embargo, la coherencia de este sistema no uniforma el pensamiento o la capacidad de actuar de los individuos que la conforman. Así, los miembros de una colectividad no son conscientes de que son sus acciones la fuente racional del macrosistema, y aceptan su orden de manera universal (López Austin, 2001), pese a que cada miembro de una entidad social posee su propio acervo ideológico, el cual se transforma a medida que es compartido, corregido y modificado en el diálogo con sus compañeros (López Austin, 1980).

La cosmovisión tiene distintos niveles y grados de extensión, comprensión, inclusión e intersección; considerarla como una categoría de análisis proporciona la posibilidad de comprender la construcción y la lógica en que se sostienen la visión de mundo y realidad de los individuos, además del macro-sistema del que son partícipes y la compleja relación de los elementos y conceptos que lo conforman como red. De esta manera, entender la cosmovisión nos invita a remirar los fenómenos en términos de interrelaciones y no como entidades aisladas.

## **EL LUGAR DEL CUERPO EN LA COSMOVISIÓN OCCIDENTAL HEGEMÓNICA**

---

Otro constructo que es relevante tener en consideración es el de *cuerpo*. A lo largo de la historia, éste ha sido abordado desde diversas aproximaciones y disciplinas que han puesto su intención en comprenderlo y dar cuenta de él. Las concepciones desprendidas de estos esfuerzos han

orientado el comportamiento de distintos constituyentes de la sociedad, siendo de tal manera que durante siglos las diferencias entre sexos, edades, grupos sociales, de trabajo, e inclusive valores y moralidad, han descansado sobre la base de las nociones que éstas tienen respecto del cuerpo, y que han servido en favor y detrimento de determinados roles sociales (López Austin, 1980).

Sea cual sea el enfoque, no cabe duda de que el cuerpo es el crisol de lo biológico, lo psicológico, lo cultural, lo político, lo social; y que es en él donde se unen lo individual y lo colectivo, anclado en la experiencia de la persona (Herrera, 2001).

Las modulaciones culturales sobre las que se erige el cuerpo dan lugar también a las aproximaciones a partir de las cuales se comprenden los fenómenos de salud y enfermedad. Como ya fuera mencionado, existen diversos sistemas de curación en cuanto los distintos grupos han enfrentado la necesidad de desarrollar abordajes a estos procesos; no obstante, el modelo médico que se consagra como hegemónico es el biomédico, y que se fundamenta en características y principios que modulan la cosmovisión occidental. De este modo, la disciplina que se ha instaurado como el saber oficial sobre el cuerpo ha sido, precisamente, la medicina, cuya epistemología está fuertemente influenciada por el positivismo y la herencia del pensamiento cartesiano. Desde este paradigma, las personas son reducidas a la superficie concretamente observable de su cuerpo físico, el cual es analizado en cuanto a cuerpo reparable, descomponible y modificable (Rovaletti, s. f.). Así, la noción moderna del cuerpo se ha constituido como consecuencia de la ruptura de solidaridad entre la persona y el cosmos, derivando en una estructura individualista que conduce a una concepción particular del ser, entendiendo al cuerpo desde el modelo de posesión, en sintonía con las construcciones que desde los sistemas que componen nuestra cosmovisión enarbolan valores neoliberales.

Pese a que esta visión es la predominante en nuestro modelo social, existen otras formas de concebir y relacionarse con el cuerpo. Rovaletti (s.f.) indica, a modo de ejemplo, que en algunas sociedades rurales africanas la persona no se encuentra reducida únicamente al contorno de su cuerpo; mientras que en las tradiciones orientales se distingue el cuerpo orgánico del cuerpo espiritual, el cuerpo energético y el cuerpo social. De manera más próxima, en variados pueblos originarios de América el léxico utilizado para referirse a las partes del cuerpo comparte cargas semánticas con los conceptos utilizados para referirse al

mundo; y al revés, también “una parte del mundo se introduce en los nombres del cuerpo humano” (Martínez-Baracs, 2013). Así, se extiende la lista de casos de los cuales se desprende la idea de que el ser humano no se encuentra disgregado del cosmos, ni del resto de las personas, ni de sí mismo. Se trata de una concepción más bien comunitaria de la corporalidad que, sin embargo, en nuestra cultura occidental, se ha configurado como una realidad autónoma e independiente.

Un efecto de la separación radical que se ha producido entre cuerpo y persona en cuanto a herencia de la visión cartesiana ha sido la búsqueda de los individuos por formas de atención que logren dar cuenta de otras dimensiones del ser que no remiten exclusivamente al ámbito orgánico-fisiológico. En ese sentido, es cada vez más frecuente encontrar perspectivas que ensalzan a las medicinas paralelas, de las cuales, como señala Le Breton (s.f.), uno de los méritos que les destaca es el rechazo a la dislocación de la persona en pos de un tratamiento más bien holístico de esta y reconociendo, justamente, las individualidades de cada quién.

Por otra parte, en las últimas décadas ha habido un marcado ascenso del individualismo, el poder del dinero y de lo privado por sobre lo público, propio del modelo neoliberal. El cuerpo social es un cuerpo sometido a los mecanismos de poder, control y disciplina; un cuerpo que es moldeado y normalizado. De esta forma, el cuerpo se constituye como uno de los campos preferentes de acción cultural, política y económica que prescriben una sociedad somatizada (Casas et al., 2013). El modelamiento económico, principalmente, alcanza en mayor o menor medida a todas las personas, que ven en el territorio de su cuerpo manifestada la expresión de este sistema.

## **ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES EN CUANTO A LA PANDEMIA**

La tradición moderna se ha caracterizado por sostenerse en base a una filosofía reduccionista que se retroalimenta de una visión mecanicista de la vida y el universo. Desde esta visión se desprende el interés de la ciencia por reducir las variables de un sistema a sus elementos constituyentes; no obstante, en ese reduccionismo no logra dar cuenta de las interacciones que se producen entre los mismos. Este entendimiento limitado y disgregado de la vida igualmente ha incidido en el desarrollo de la crisis que vivimos hoy en día, que no es sólo una crisis climática, ni una crisis social

y sanitaria como la que estamos evidenciando en nuestro país y en distintas partes del mundo. Se trata más bien de una crisis del sentido e identidad humana, que durante siglos ha exacerbado ciertos valores y principios a costa de otros, con la gran dificultad en que esto deviene cuando determinadas epistemologías incurren en un posicionamiento jerárquico, y en la que todo aquello que sea diferente se excluye, deslegitima y marginaliza.

La modernidad se ha consolidado y extendido a la mayoría de los rincones del mundo a partir del colonialismo. Basada en lo que Escobar (2014) denomina una *ontología dualista*, “que separa lo humano y lo no humano, naturaleza y cultura, individuo y comunidad, “nosotros” y “ellos”, mente y cuerpo, lo secular y lo sagrado, razón y emoción, etc., esta modernidad se ha arrogado el derecho de ser el mundo, a costa de otros mundos existentes o posibles” (p. 76).

De este modo, lo que requerimos como sociedad para ser capaces de enfrentar los desafíos que esta crisis ha supuesto para todos es, en primer lugar, estar abiertos al diálogo y al entendimiento con otras visiones de mundo y formas de ser, para cooperar entre estas diversidades. Salir de una posición epistemocéntrica –y logocéntrica– para reconocer que existen otras formas de aproximarse a los fenómenos de salud y enfermedad que igualmente pueden contribuir a alcanzar la salud desde los mecanismos que para ello han elaborado. En dicho sentido, el modelo médico hegemónico debiese estar abierto a la automirada reflexiva e identificar de qué modo se constituye en una institución de poder. Esto no significa desconocer que este modelo ha permitido logros más que significativos en cuanto al mantenimiento de la salud de las poblaciones; ni implica tampoco dejar de ser crítico con elementos tales como el rigor en la calidad de la evidencia. Tampoco se trata de hacer un llamado a la apropiación cultural de los valores y recursos de otros sistemas médicos; más bien, el llamado es a la colaboración, el trabajo sinérgico e integrativo, en apertura al aporte que desde la diversidad de aproximaciones se puede lograr en el ejercicio terapéutico.

En países en los que el acceso a la atención de salud es limitado, las medicinas tradicionales han sido las encargadas de proveer la atención; en tanto, en países industrializados, la búsqueda de integración con otras medicinas nos refiere a la alta prevalencia de enfermedades crónicas y de salud mental, previo a la crisis del covid, nos interpela también sobre los modos de vida propios de la sociedad moderna globalizada. En dicho sentido,

la búsqueda de otras alternativas terapéuticas para dar respuesta a los problemas derivados de la congestión de las redes de atención, el elevado costo de algunas prestaciones, y la medicalización excesiva (en ciertos casos).

Ahora bien, si gran parte del interés que suscita la búsqueda de otras medicinas tiene su motivación en las cosmovisiones tras las medicinas complementarias, las cuales hacen sentido en relación a las falencias de la biomedicina en cuanto al abordaje de las dimensiones espirituales, emocionales, mentales más allá de lo orgánico, éstas igualmente terminan siendo coaptadas por el sistema propio en el que nos insertamos, y en este hecho de pronto se pierde el verdadero sentido de la cosmovisión que les sustenta como disciplinas, que acaban convirtiéndose en servicios de consumo.

Por otra parte, un aspecto crucial a tener en consideración para los años venideros es la tendencia a que la crisis socioecológica se agrave; por tanto, es una necesidad imperiosa el tomar medidas en esta situación, especialmente considerando el impacto que esto producirá en la salud de las personas. En dicho sentido, tomando en cuenta justamente el poder que denota el sistema médico hegemónico, pensar la salud debiese considerar además la salud de los ecosistemas, desde una perspectiva ecológica en la que el ser humano vuelva a concebirse como un actor más dentro de la red de la vida. De lo contrario, sólo se continuará profundizando en las causas que nos han puesto frente a esta pandemia: la aparición de nuevas enfermedades zoonóticas, de tipo más complejo, y en un escenario en que la escasez hídrica, la erosión de los suelos, el hambre y la malnutrición, las migraciones, la violencia, por mencionar algunos ejemplos, cada vez van agudizando más las desigualdades.

En relación a lo anterior, cobran fuerza las cosmovisiones que rescatan otras dimensiones de la corporalidad y del ser en el mundo, como es el caso de lo planteado por el Sumak Kawsay de los pueblos andinos (Vanhulst, 2015) o el Kúme Mogen del pueblo mapuche (Meza-Calfunao, 2018), entre otros; cuidando, no obstante, de no caer en la idealización de lo que estas culturas evocan, y que sin embargo refieren a principios que subrayan la armonía del individuo consigo mismo, su comunidad y la naturaleza, y que comprende que la interrelación de estos elementos es clave para mantener el estado de equilibrio, o salud.

Tomando en consideración lo expuesto, el desafío es lograr transformaciones desde la

individualidad para reconfigurar la cosmovisión que sustenta nuestra sociedad. Esto implica analizar y comprender cómo se articulan en nuestra propia cosmovisión tanto el sistema capitalista, patriarcal y colonial, que ha dado lugar a una visión de mundo que se fundamenta esencialmente en la violencia hacia los demás y hacia uno mismo. En ese sentido, como plantea Suely Rolnik (2019), es preciso enfrentar la colonización del deseo, el inconsciente y las subjetividades. Esta idea cobra especial relevancia al tomar en cuenta la diversidad de comportamientos que la pandemia ha suscitado en los individuos, que oscilan entre la solidaridad y contención comunitaria hasta el individualismo máximo en el cual, precisamente, el sentido de responsabilidad colectiva se difumina.

Repensar la salud implica una transformación en las bases epistemológicas, filosóficas y espirituales de nuestra sociedad; un cambio en nuestra cosmovisión que parta desde las propias subjetividades y que nos lleve a transitar desde el pensamiento escindido y fragmentado de la realidad hacia una visión sistémica, compleja, ecológica e integrada, que reivindique la actual relación entre sociedad y naturaleza para reconfigurar nuestra cosmovisión hacia una visión de mundo que ponga en su centro el reconocimiento y respeto a la sacralidad de la vida y la riqueza de la diversidad, para desde ese reconocimiento lograr dar luz a una verdadera salud colectiva.

## REFERENCIAS

1. Baer, H. (1996). Bringing political ecology into critical medical anthropology: a challenge to biocultural approaches. *Medical Anthropology: Cross Cultural Studies in Health and Illness*, 17(2); 129-141.
2. Capra, F. (2020). The COVID-19 pandemic: a systemic analysis. *Agriculture and Human Values*, 37; 665-666.
3. Casas, I., Casas, D., Contreras, G. & Rodríguez, A. (2013). El cuerpo, hipermodernidad y medicina. *Revista de Medicina e Investigación*, 1(2), 95-98
4. De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.
5. Herrera, M. (2001). Aproximaciones al cuerpo humano desde la antropología física. *Estudios de Antropología Biológica*, x; 79-97.
6. Le Breton, D. (s.f). Lo imaginario del cuerpo en la tecnociencia. *Reis*, 98; 197-210.
7. López Austin, A. (1980). Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos Nahuas. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
8. López Austin, A. (1995). Tras un estudio comparativo entre las cosmovisiones mesoamericana y andina a partir de sus mitologías. *Anales de Antropología*, 32; 209-240.
9. López Austin, A. (1996). La cosmovisión mesoamericana. En Lombardo, S. & Nalda, E. (Coord.). *Temas mesoamericanos*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
10. López Austin, A. (2001). El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana. En Broda, J. & Báez-Jorge, F. (Coords.). *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica.
11. Martínez Baracs, R. (2013). Las partes del cuerpo humano y las del mundo. *Cuicuilco*, 20(57), 329-335.
12. Medina-Vogel, G. (2010). Ecología de enfermedades infecciosas emergentes y conservación de especies silvestres. *Archivos de medicina veterinaria*, 42(1), 11-24. <https://dx.doi.org/10.4067/S0301-732X2010000100003>
13. Menéndez, E. (1994). La enfermedad y la curación. ¿Qué es medicina tradicional? *Alteridades*, 4(7), 71-83.
14. Meza-Calfunao, E., Díaz-Fuentes, R., & Alarcón-Muñoz, A. (2018). ¿Qué es kúme mogen mapuche? Concepto e implicancias en salud pública y comunitaria. *Salud Pública de México*, 60(4), 380-381. <https://doi.org/10.21149/8988>
15. Rolnik, S. (2019). *Esferas de insurrección: apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires: Editorial Tinta Limón.
16. Rovalletti, M. (s.f). La objetivación del cuerpo o el cuerpo como simulacro biológico. En R. Parada (Director) *Corporalidad, mente y salud. Coloquio de Filosofía, psiquiatría y psicoanálisis*.
17. United Nations Environment Program (2020). *Preventing the next Pandemic. Zoonotic diseases and how to break the chain of transmission*. Nairobi, Kenya.
18. Vanhulst, J. (2015). El laberinto de los discursos del Buen vivir: entre Sumak Kawsay y Socialismo del siglo XXI. *Polis (Santiago)*, 14(40), 233-261. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682015000100012>